

E. P. Thompson. Marxismo e Historia social, de Julián Sanz, José Babiano y Francisco Erice (eds.)*

Sergio Sánchez Collantes
Universidad de Burgos

En junio de 2013, la Sección de Historia de la FIM organizó unas jornadas de debate que reunieron en Madrid a varios especialistas interesados en recordar la obra de Edward Palmer Thompson (1924-1993). Los trabajos allí presentados constituyen el núcleo de este libro colectivo que acaba de ver la luz bajo la dirección de Julián Sanz, José Babiano y Francisco Erice. Entonces se cumplía medio siglo de la publicación del principal estudio del historiador británico, *The Making of the English Working Class* (1963), cuyo impacto justificaba de por sí un homenaje que, no obstante, en España apenas mereció más gestos que su reedición en castellano (Capitan Swing, 2012) y el interesante monográfico que le dedicó la revista *Sociología Histórica* (nº 3, 2013).

En el mundo académico, que sepamos, ni un congreso, ni un seminario, ni cursos de verano o de extensión universitaria recordaron la efeméride, mientras que en otros sitios del mundo se ha producido el fenómeno contrario, empezando por las instituciones más prestigiosas (así la Universidad de Harvard, que en 2013 acogió el congreso «The Global E. P. Thompson: Reflections on the *Making of the English Working Class* af-

Julián Sanz, José Babiano y Francisco Erice (eds.), *E. P. Thompson: Marxismo e Historia social*, Madrid, Siglo XXI de España, 2016, 364 pp.

Julián Sanz,
José Babiano
y Francisco Erice (eds.)

E. P. Thompson
Marxismo e Historia social



ter Fifty Years»). Basta un simple rastreo en Internet para detectar sus efectos —algunos todavía recientes— en muchos lugares: en el People's History Museum de Manchester, la jornada «50 years of EP Thompson's *The Making of the English Working Class*»; en la l'École Normale Supérieure de París, el seminario «E. P. Thompson et la formation

de la classe ouvrière anglaise»; en la Universidad de Santiago de Chile, otro titulado «Thompson y la historiografía marxista británica: entre la utopía y el sujeto»; en la Universidad del Witwatersrand (Johannesburgo), el workshop «History after E.P. Thompson», etcétera. Así que los cambios operados en los paradigmas historiográficos dominantes no bastan para explicar el olvido en nuestro país, aunque constituyan un factor de peso tratándose de alguien cuya memoria, como apunta Xavier Domènech, podría resultar incómoda.

En la obra que editan Sanz, Babiano y Erice se reúne un conjunto de trabajos que, centrándose en aspectos diversos, testimonian la gran influencia que el británico ejerció en la renovación de la historiografía posterior, singularmente —pero no sólo— en el ámbito de la historia social y en particular entre quienes la cultivaban desde la órbita del marxismo. Todavía en este 2016, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* figura en *The 100 Best Nonfiction Books of All Time*, una lista de obras confeccionada por Robert McCrum para *The Observer* y en la que ocupa el puesto 19. Thompson, ciertamente, brilló con luz propia en el conocido elenco de historiadores marxistas que alumbró el Reino Unido en el siglo XX.

No es fácil resumir las contribuciones de Thompson a la Historia como disciplina. Cabría indicar, primeramente, el novedoso enfoque del objeto de estudio, planteado con tal originalidad que propiciaba un insólito enriquecimiento temático hacia facetas poco o nada exploradas, y con una creatividad que llevó a figuras de la talla de Hobsbawm a reconocerle el haber sido capaz de «producir algo cualitativamente diferente». En su obra, adquiere importancia el estudio de los valores, las asociaciones, los símbolos, los rituales, los espacios de sociabilidad, la prensa, la literatura popular, el ocio y otros elementos que contribuían a forjar,

en el curso de una experiencia que no desprecia el papel del sujeto, la identidad de clase más allá de los condicionantes rigurosamente económicos. Todo ello, en trabazón lógica, forjó la *cultura plebeya*. A la postre, la nueva mirada de Thompson contribuyó a ensanchar el campo de la historia social. A lo dicho habría que añadir su meritorio uso de fuentes poco convencionales y el tratamiento que les dio, presidido por una atención al dato empírico que, lejos de incurrir en el positivismo acrítico, mantenía un fecundo diálogo con el plano teórico mediante la formulación de preguntas novedosas al documento para la construcción del conocimiento histórico. Otro aspecto que podría destacarse en el británico es el valor dado a la reducción de escala, todavía hoy despreciada por quienes son incapaces de reparar en la aportación decisiva que suponen ciertos análisis locales o regionales para las visiones de conjunto. En relación con esto, debemos recordar que Perry Anderson tachó *La formación...* de localista, idea secundada por otros autores que no veían en la obra más que un simple estudio de caso.

Quien leyó en su día *La formación...* descubrió en sus páginas algo muy diferente de lo que acostumbraba a verse por aquel entonces. De mérito indudable es su defensa de la complejidad del proceso histórico, superando los reduccionismos deterministas que imperaban en muchos de quienes escribían influidos por el marxismo más mecanicista; pero su trabajo se enfrentaba igualmente a la historia cliométrica y a la sociología funcionalista en boga. Con una personalidad que Ángeles Barrio define como «explosiva, insubordinada y proclive a la polémica», intervino en sonadas controversias en las que se ensañó sobre todo con académicos. Muchos le reprocharon la falta de un armazón teórico en su obra, a veces invocando el antiintelectualismo del

que hizo gala, pero nada impidió que ejerciera un magisterio duradero. A menudo se ha incidido más en sus limitaciones que en sus logros, circunstancia que, de acuerdo con Domènech, «puede llevar a encubrir más que a invitar a descubrir su obra».

Pensemos en las aportaciones del británico a la noción de clase o a la de experiencia, la cultura popular, el «sentido común», la «economía moral» y otros tantos conceptos que, gracias a su trabajo, salpican el de infinidad de autores como préstamos de inequívoca reminiscencia thompsoniana. Respecto a las debilidades teóricas, es posible que su legado conceptual, más que en los pocos textos consagrados a definiciones precisas, deba buscarse en el conjunto de su obra, tal y como sostiene Ferran Archilés, que tampoco pasa por alto la riqueza de matices que subyace en las contradicciones que pudieran advertirse. El huir de categorías analíticas rígidas justamente habría favorecido esto. En reflexiones sobre el concepto de clase, la conciencia de clase y la lucha de clases es particularmente rico el capítulo de Xavier Domènech, que repasa propuestas medulares de Thompson autilatando su utilidad frente a las críticas vertidas desde el posmoderno giro lingüístico.

En vista de lo dicho en los párrafos anteriores, es lógico que Elena Hernández Sandoica se arme de razones para sostener la vigencia de Thompson y la necesidad de seguir leyendo su obra. Todo lo contrario de quienes, como Tony Judt, desaconsejaron el considerarlo seriamente. Incluso algunas críticas que le hizo al mundo académico parecen de lo más actuales, como se encarga de subrayar Archilés al recordar su denuncia del autoritarismo y la mercantilización de la universidad. La utilidad de la obra thompsoniana para el momento presente, en fin, también queda ejemplificada en el trabajo que firma Pedro Benítez, que ve en el 15M una manifestación del con-

cepto thompsoniano de economía moral de la multitud, cifrada en la legitimidad de una indignación que sobreviene al transgredirse reglas y valores esenciales en los que previamente se basaba la convivencia.

En este libro abundan las consideraciones sobre la obra cumbre de Thompson, el influyente libro *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. A su legado se consagra específicamente el capítulo de la profesora Barrio Alonso, quien sobre todo repasa las críticas que recibió y su influencia en la historiografía norteamericana (singularmente en la *labour history*). Pero la gestación de esa obra no se comprendería sin profundizar en la etapa que la precedió, objeto del estudio de Ferran Archilés, ni debe ocultar la relevancia de otras como la que le dedicó a William Morris. Los trabajos del británico, en fin, son numerosos, como refleja la minuciosa recopilación de Adrià Llacuna, que sirve de broche a un libro que facilita un acercamiento muy poliédrico al legado thompsoniano.

Buena parte del volumen se dedica al ascendiente que específicamente cosechó en España, a pesar del sensible retraso de la traducción al castellano de su principal obra, que hubo de esperar catorce años; y, si atendemos a la calidad de la traducción, como matiza Domènech, tuvo que pasar otra década larga hasta la edición que hizo Crítica en 1989. De esa recepción en nuestro país hablan los capítulos que firman Rafael Ruzafa, que se centra en los estudios relativos al siglo XIX y traza un completo estado de la cuestión en el que mezcla las oportunas referencias a autores y enfoques en los que subyacían «sensibilidades de lo thompsoniano»; José Antonio Pérez, que rememora el influjo de la obra del británico (ese «soplo de aire fresco») en quienes investigaron el movimiento obrero español en el XX, atraídos «por su amplitud y trascendencia, por su profundo y fino análisis

de toda una época», de modo que dejó una huella imborrable en los estudios sobre los trabajadores durante el franquismo; o Javier Tébar Hurtado, que reflexiona sobre las representaciones sociales y las culturas políticas en la movilización social de los últimos años de la dictadura.

Otra de las críticas que se le hicieron al británico fue la de sus carencias en materia de género. Esta dimensión la aborda Miren Llona, que repiensa el legado thompsoniano desde esa perspectiva y recapitula las censuras más notables que se dirigieron a sus conceptos de experiencia y de clase. Aunque la presencia de las mujeres no falta en su obra, esta autora observa que lo que se ofrece es «una versión masculina de la formación de la clase». Sea como fuere, Llona reconoce la contribución de sus trabajos al desarrollo de la nueva historia de las mujeres y a la historia de género que surgió al calor del movimiento feminista, dado que abrió «nuevos canales para la comprensión del pasado», pudiendo documentarse su inspiración todavía en obras de los noventa (así las de Sonya O. Rose y Anna Clark). La ausencia de un análisis de género queda bien ilustrada en el famoso artículo «La venta de esposas», que también es uno de los que examina Ubaldo Martínez Veiga en su aproximación a Thompson desde la antropología, recuperando los trabajos que guardan más relación con esta disciplina para ilustrar «el proceso de mutua fecundación» con la Historia, labor que aprovecha también para señalar las influencias gramscianas.

La militancia política de Thompson, que desde 1956 —a raíz de la invasión soviética de Hungría— sufrió un reajuste hacia lo que él mismo llamó un «humanismo socialista» y, tras engrosar la New Left, recaló finalmente en las luchas pacifistas y antinucleares de los ochenta; toda esa trayectoria de activismo marcó su quehacer historiográfico

co en tanto en cuando se interesó por las clases populares y por construir una historia *desde abajo*. Se observa, en palabras de Hernández Sandoica, una permanente y voluntaria «identificación con sus objetos de estudio», en ese afán de rescatar a los *perdedores* de la historia que, como matiza Archilés, hace que el británico despliegue «un proceso de empatía donde pasado y presente se conectan». Ahora bien, su perfil de historiador comprometido no le hizo incurrir en la mala práctica de usar el aula como espacio de adoctrinamiento, mostrándose expresamente «en contra de mezclar la docencia con cualquier variante de proselitismo político, porque eso es aprovecharse injustamente de una posición de ventaja sobre los estudiantes». El análisis de esa doble faceta militante y profesional (el oficio de historiador) es lo que centra la contribución de Juan Andrade al volumen.

Más allá de los contenidos en sí, hay algo de Thompson que deberíamos aprender quienes nos dedicamos a la investigación histórica cuando procedemos a la llamada «transferencia de resultados». Nos referimos a su «excelente pulso narrativo», virtud que señala Ferran Archilés, coincidiendo con varios autores de la obra, incluidos quienes la dirigen, y otros que se han pronunciado en el mismo sentido (por ejemplo, Sewell Jr.). Semejante rasgo todavía es más digno de alabanza en los tiempos actuales, cuando, como recuerda la profesora Hernández Sandoica, «aplaudimos el tono popular y atractivo, muy accesible, del relato histórico». El estilo literario del británico, gracias seguramente a la experiencia de sus clases para adultos de la Universidad de Leeds pero también a su atípica relación con el mundo académico, es eminentemente llano y sencillo, en definitiva, comprensible. No por casualidad, ha llegado a decirse que es el historiador más citado del siglo XX. Y esa medalla la consiguió firmando, en

palabras de Andrade, «obras de referencia para cualquier historiador social o cultural serio».

Varios de los colaboradores del libro recuerdan en primera persona el ascendiente que ejerció Thompson sobre su forma de trabajar, ya fuese por la lectura directa o por las enseñanzas que recibieron de otros. Y esto cabe ampliarlo al bachillerato, donde han venido ejerciendo tantos/as docentes formados/as en aquellas universidades en las que lo thompsoniano continuó respirándose más allá de los ochenta. Quien firma esta reseña, aunque sin llegar a conocer su verdadero relieve, descubrió al británico en el Curso de Orientación Universitaria de 1996-1997, cuando la profesora que impartía «Historia del mundo contemporáneo» repartió en el aula, fotocopiado, uno de los capítulos de *La formación...*, en concreto el titulado «Niveles de vida y experiencias». Por añadidura, hay fragmentos de su obra que han salpicado los libros de texto con los que aprendieron historia ininidad de

estudiantes preuniversitarios en todos estos años. A veces, es suficiente un pequeño bocado para despertar vocaciones y avivar el interés por la *historia desde abajo*, de modo que no hay que subestimar su huella, con otras influencias, en la idea que varias generaciones de bachilleres se formaron sobre las clases populares y trabajadoras.

Confiemos en que no pasen inadvertidas futuras efemérides que podrían justificar un recuerdo más justo que el que se le ha dispensado últimamente a una figura de peso incuestionable en la renovación historiográfica. Y que esto se haga, como bien sugiere Andrade, sin incurrir en una mitificación que resultaría contradictoria si lo que se persigue es «valorar la apertura mental y el carácter antidogmático de Thompson». En este sentido, nada mejor que terminar recordando que ya se divisan en el horizonte tanto los 25 años de su muerte (2018) como —quizás más redondo para un homenaje— el centenario de su nacimiento (2024).